

Reseña

Zhao, Yong. (2014). *Who's Afraid of the Big Bad Dragon? Why China Has the Best (and Worst) Education System in the World*. San Francisco, CA: Jossey-Bass.

Rafael Aragunde, Ph.D.

Escuela de Educación y Ciencias de la Conducta
Universidad Interamericana de Puerto Rico
Recinto Metropolitano
aragunde@intermetro.edu

La China que todos creemos conocer siempre ha sido objeto de las caricaturas de occidente. ¿Quién no recuerda al sumiso chino atado a la cocina, con su acento de extranjero y supuestamente simplón de las películas hechas en Hollywood? En Puerto Rico la caricatura se llevó hasta la salsa del Gran Combo y pasó por nuestras comedias televisivas.

El autor del libro *Who's Afraid of the Big Bad Dragon? Why China Has the Best (and Worst) Education System in the World?* da a entender que aun hoy, cuando pensamos en la China, continuamos simplificándola, y a fin de cuentas malinterpretándola. Trae a colación que periodistas de tanto prestigio, como Thomas Friedman, el exitoso columnista del *New York Times*, siguen expresándose en torno a ella de manera poco crítica. Sin realmente conocer lo que sus sistemas político y educativo significan, Friedman ha pedido en sus escritos, así como en entrevistas de televisión, que se les permita a los Estados Unidos ser China por un día. Otro periodista, Joshua Kurlantzick, del *New Republic*, publicó en 2008 *Charm Offensive: How China's Soft Power is Transforming the World*, también reivindicando el modelo chino, desde luego no liberal democrático, para nuestros tiempos. En 2009, el británico Martin Jacques publicaba otro "best seller": *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*. Con este título dejaba muy poco a la imagi-

nación sobre lo que se piensa en torno a aquella nación. En 2012, Stefan Halper, profesor de la Universidad de Cambridge, circulaba *The Beijing Consensus: Legitimizing Authoritarianism in Our Time*, un título que revela con franqueza lo que realmente se ha vuelto atractivo del modelo chino a ciertos estudiosos de la geopolítica contemporánea. Y Joshua Kurlantzick volvió a publicar un libro en 2013, que tituló *Democracy in Retreat: The Revolt of the Middle Class and the Worldwide Decline of Representative Government*, en el cual presentaba, otra vez, a la China como paradigma de la sociedad contemporánea, a la vez que desmerecía las sociedades que en la actualidad sólo pueden impulsarse mediante las complejidades de la democracia liberal (pp. 18-19).

En estos y múltiples otros libros, se encomia lo alcanzado por China y se presenta como modelo de lo que es una nación exitosa en nuestros días. El desarrollo económico de dicho país, el modo en que su liderato se ha asegurado de que, supuestamente, continúe dándose al ritmo del 10% que le ha caracterizado en los últimos 30 años —de acuerdo a incontables analistas— no dan margen a ninguna duda de su superioridad política. Quien lea acríticamente los artículos que circulan en la prensa internacional sobre China, casi todos elogiosos, se lleva la impresión de que está destinada a ser la primera potencia mundial. En los Estados Unidos, como en Europa, periodistas y académicos como los que he mencionado insisten, una y otra vez, en ello. Pero Yong Zhao tiene una opinión muy distinta al respecto. Profesor de la Universidad de Oregón, ha publicado una cantidad prolija de escritos que cuestionan las visiones que se tienen de la China sobre todo en el campo de la educación, e insiste en el vínculo que hay entre esta y las estructuras políticas de la nación de la cual es oriundo.

Comienza el libro, sorpresivamente, relatando los escándalos que se han suscitado en los sistemas escolares de diversas ciudades de los Estados Unidos a raíz de la presión que ha generado en maestros, directores y superintendentes, el cumplimiento ansiado con el Acta “No Child Left Behind” (NCLB). Presenta el caso de la superintendente de Atlanta, Beverly Hall, y el caso del superintendente Lorenzo García, de El Paso, Texas. Hace referencia, también, a las ciudades de Houston, Los Ángeles, Filadelfia y Nueva York, donde se habían informado grandes mejorías en el desempeño de los estudiantes en las pruebas estandarizadas que exige NCLB y que el presidente actual, Barack Obama, ha “reforzado” en su versión “Race to the Top”, para luego tener que admitir que tales resultados se debían a plagios y a manipulaciones de datos (pp. 1-3).

Nada de esto le extraña a Yong Zhao. Sin embargo debería poner a pensar a aquellos que defienden los acercamientos chinos a la educación, sobre todo a los que no son educadores y están involucrados en la determinación y desarrollo de políticas públicas educativas. Estos pierden de vista algo que a mí me parece muy importante y que Zhao, pese a la visión que le caracteriza, reconoce muy temprano en este libro, que se publicó en 2014. Me refiero a lo que creo que es un hecho: que los maestros tienen mucho menos control sobre el desempeño de sus estudiantes de lo que los “policy makers” creen (p. 3).

Yong Zhao sostendrá, a través del libro, que ese comportamiento deshonesto es resultado del autoritarismo (p. 7) que acompaña la insistencia que ponen los sistemas educativos como el chino —a través de los siglos— y el de los Estados Unidos —en estas últimas décadas— en privilegiar un régimen de exámenes que supuestamente revela el aprendizaje alcanzado. Para quedar bien con el régimen en China, o para quedar bien con las estructuras de poder estadounidenses, estudiantes, maestros y supervisores de todos los niveles acabarán haciendo lo que sea necesario para que los resultados de las pruebas estandarizadas sean óptimos. Dan por supuesto de modo acríptico que, si en los exámenes, el desempeño es positivo, los estudiantes estarán aprendiendo, perdiendo de vista otras dimensiones del proceso de instrucción que podrían contribuir más a las metas que se hayan propuesto, sean las que sean. Y no digamos nada sobre cómo se puede “educar” exclusivamente para que los estudiantes “salgan bien” en los exámenes que se les ofrezcan, que es lo que ocurre en China y se ha ido desarrollando en los Estados Unidos, violentando reglamentos y leyes, con el fin de mostrarse exitosos.

Curiosamente, escribe Zhao, los mismos chinos, o por lo menos el liderato de la China de nuestros días, está profundamente insatisfecho con su sistema educativo. Saben perfectamente que allí no se fomenta la creatividad ni el talento innovador (p. 25), sino una memorización que hace posible el desempeño aparentemente de excelencia en los exámenes que ofrece el Programa para el Avalúo Internacional de Estudiantes, PISA, (en inglés, “Program for International Student Assessment”). La encrucijada en la que el país se encuentra, y que Zhao no comenta lo suficiente, es que todo el halago que la China recibe por el desempeño de sus estudiantes en estas pruebas y la disciplina que supuestamente lo ha hecho posible no permitirá al liderato llevar a cabo la transformación que necesitan urgentemente, si pretenden hacer realidad las profecías que desde afuera se hacen sobre

su, supuestamente, muy cercana hegemonía global. En lo que respecta a esto, el autor insiste más en lo que ello significa para los Estados Unidos. Si el sistema educativo estadounidense le sigue los pasos al chino, privilegiando el éxito en los exámenes como evidencia de éxito escolar, lo que experimentará, siempre de acuerdo a él, será lo que hoy caracteriza a China: ausencia de creatividad, de “entrepreneurship”, del individualismo que distingue a las personas talentosas que gozan de libertad y pueden echar hacia adelante proyectos económicos innovadores. Zhao parece estar convencido de que la China es insalvable, y su libro está dirigido a que los Estados Unidos vean la experiencia china en el campo educativo tal cual realmente es. Esta no solo apaga la curiosidad de los jóvenes, sino también afecta su salud. Corrompe, además, según insistirá, a los involucrados en el sistema y es responsable de que, pese a todo el desarrollo económico, allí todavía prevalezca la injusticia social (p. 187).

El sistema educativo chino gira fundamentalmente en torno a la toma de exámenes en todos los niveles. Esta tradición sistematizada, que se conoce como *keju*, data del año 605, pero ya en el tercer siglo antes de nuestra era, allí se valían de exámenes (p. 31). Su propósito era la selección de los jóvenes más talentosos para desempeñarse como oficiales gubernamentales, algo que ya había sido admirado por el ilustrado Voltaire, en otro momento en el que la sinofilia echó raíces en el llamado Occidente (p. 30). ¿Pues, qué puede ser más atractivo para quien reflexiona en torno al gobierno que la posibilidad de que las jerarquías se establezcan mediante un proceso tan racionalmente transparente?

El *keju*, sin embargo, nos dice Yong Zhao, fomentó desde entonces, la obediencia y un pensamiento homogéneo (p. 37). No se podía avanzar en aquella sociedad si no se salía triunfante en él, pero condenaba, y condena todavía, a los exitosos al cumplimiento más estricto de normas establecidas y al seguimiento de tradiciones. En otras épocas, en las que el individualismo contemporáneo no era imaginable, ocupar un puesto de gobierno significaba disfrutar de una estabilidad extraordinaria a lo largo de la vida. Y así lo ha sido hasta tiempos recientes, en los que la China todavía tenía barreras más poderosas que la misma muralla para desalentar la movilidad. Igualmente, en términos generales, contar con un mecanismo que garantizaba la obediencia de los habitantes era muy conveniente para la sociedad. No sorprenderá, entonces, que el *keju* se desarrollara en perfecta sintonía con aquel ambiente. Pero China ha cambiado, nos deja saber el autor. La socie-

dad que dominó Mao Zedong durante décadas y que sometió frecuentemente a dinámicas, como la revolución cultural de los sesenta, que la hamaquearon radicalmente, se transforma con la llegada al poder del muchísimo más pragmático Deng Xiaoping. Al primero, la ideología política le servía de guía; al segundo —quien visitaría los Estados Unidos durante la presidencia de Carter—, consideraciones más mundanas, como la incursión de China en los mercados mundiales. Deng Xiaoping fue responsable de que un porcentaje alto de la población china dejara atrás el colectivismo y se iniciara en prácticas económicas que fomentarían el enriquecimiento del ciudadano individual. Estaba convencido de que la ciencia y la tecnología surgirían como resultado de la productividad que se empeñaba en impulsar de aquel modo.

El autor cuenta cómo un estudiante, Lu Buxuan, fue admitido en la Universidad de Pekín con la nota más alta del examen de entrada a la institución, el conocido y temido GAOKAO (Examen de Entrada de la Educación Superior Nacional) (p. 122). Pero Lu Buxuan, después de 14 años y de mucha insatisfacción, abandonó el puesto que como egresado universitario se le había garantizado y decidió abrir una carnicería llamada *El Carnicero con Gafas*, en la que pronto se mostró muy exitoso. Al saberse a través de los medios de comunicación, se suscitó un gran escándalo y fue obligado a regresar a su antiguo y más prestigioso, pero muchísimo menos remunerado, empleo. Sin embargo, tras algún tiempo, volvió a su negocio, que mientras tanto había sido administrado por su esposa. Hoy, por cierto, nos informa Zhao, aquella iniciativa se ha transformado en una extensa cadena de carnicerías.

Yong Zhao trae a colación al sociólogo alemán Max Weber y la interrogante de este sobre el cambio histórico que China sufrió tras haber sido una sociedad que se había desarrollado tanto o más que las llamadas occidentales (p. 36). De hecho, estaba tan lista como estas otras, para embarcarse en lo que se ha llamado la revolución industrial, pero no fue capaz de transformarse en una sociedad en la que las ciencias y la tecnología desempeñaran roles importantes. La razón que Zhao da es el *keju*, el sistema de exámenes imperial que dio al traste con la inventiva que se hubiera necesitado para que el país se hubiera lanzado a una nueva etapa histórica.

Naturalmente, cuando se toma conciencia de las dimensiones de la sociedad china y se analiza que, por ejemplo, en 2013, 1.5 millones de personas compitieron por 20,000 empleos gubernamentales, se entiende perfectamente el interés que debió haber tenido alguien o algunos, y todavía tiene o tienen, en seleccionar a los más capacitados

de la forma más transparente. Huelga señalar que el autor se refiere a que no se selecciona, como idealmente se piensa, a los mejores. En estos exámenes, como en las pruebas de los Estados Unidos que a nosotros en Puerto Rico también nos exigen que tomemos, se cuele la deshonestidad y el favoritismo.

Para evidenciar la falta de honestidad, Zhao trae a colación el modo en que los chinos se han incorporado en la cultura de la competencia por patentes y artículos o trabajos publicados en revistas arbitradas. Otra vez, cuando se habla de fenómenos chinos los números son espeluznantes (p. 100). Escriben cientos de miles de “papers”, desarrollan, otra vez, cientos de miles de patentes, pero como estos se han convertido en símbolos de un quehacer científico de supuesta calidad, millones de estudiantes, desde escuela superior, se dedican a ellos con la disciplina y el rigor con el que se dedican a los *kejus*. Pero el resultado ha sido que el plagio se ha multiplicado. La obsesión con que les reconozcan patentes o que sean distinguidos a través de sus investigaciones les ha llevado a mentir en grandes proporciones, y más de un premio prestigioso ha tenido que ser devuelto a causa de la deshonestidad denunciada. Por ejemplo, en el término de dos años, dos profesores universitarios publicaron 70 artículos en la revista británica *Acta Crystallographica Section E* (pp. 101, 105, 107 y 117). En 2009, la revista tuvo que admitir que se trataba de “data fabricada y falsificada”.

El autor insistirá en que el gobierno chino es consciente de lo que ocurre. La obsesión con los exámenes, que por otro lado se siguen utilizando dado las cantidades de ciudadanos que aspiran a puestos en escuelas, universidades y empresas gubernamentales, no contribuye a la creatividad y a la iniciativa que necesita cualquier país que desee insertarse exitosamente en las economías globalizadas de nuestro tiempo. El Ministerio de Educación chino aspira a reformar, pero los estudiantes continúan recibiendo cada vez más presión de sus familias y entornos y estudiando más que nunca (p. 152). Los *kejus* siguen siendo vistos como la salida más honorable de la pobreza. Así ha sido por más de mil años (p. 159) y se continúa convencido de que, no la educación, sino el desempeño sobresaliente en los exámenes, lo que conduce a puestos de prestigios que garantizan un modo de vida holgado.

Mientras tanto, en el resto del mundo, sobre todo en los Estados Unidos, se ha desarrollado una versión tergiversada de la educación china y sus virtudes. Ciertamente, se requiere mucha disciplina para salir triunfante allí. Los estudiantes, por ejemplo, dedican años a prepararse para el GAOKAO y no debe haber duda de que los que salen

bien deben tener, por lo menos, una gran memoria. Pero, ¿dónde queda toda la reflexión en torno a las inteligencias múltiples o el pluralismo epistemológico que nos permite hoy la reflexión sosegada sobre la multiplicidad extraordinaria de enfoques teóricos que se han desarrollado?

Yong Zhao parece sostener que la lucha en contra de la concepción china de la educación tiene que empezar por la denuncia de los exámenes PISA, tanto conceptualmente como en términos más prosaicos. Por ejemplo, en algunos exámenes no se ha evaluado a los estudiantes en el área de la lectura y las matemáticas, dos de las tres áreas, junto a las ciencias, que se supone que el examen cubra (p. 169). Por otro lado, los puestos que ocupan los países en el “ranking” no tiene ningún significado (p. 170). Lo que hace es reconocer cuán exitosa es la tradición de tomar exámenes en los distintos países, o cuán talentosos pueden ser algunos estudiantes completando los ejercicios incluidos en el examen. No es casualidad que la China salga tan bien en ellos. Pero ¿qué significa que los estudiantes de Shanghai sean los mejores que salen en matemáticas? Nada más que eso, que los estudiantes de Shanghai salen bien en estos exámenes.

No obstante, se ha entendido otra cosa. Y este malentendido es lo que ha llevado a que se piense que la educación china es la mejor educación del mundo. Pero Yong Zhao se vale de un título que se tiene que traer a colación antes de concluir. El libro se titula *Who's Afraid of the Big Bad Dragon? Why China Has the Best (and Worst) Education System in the World*. El título es ambivalente porque, efectivamente, en términos de los valores que Zhao defiende, el individualismo, la creatividad, la iniciativa propia y más precisamente el “entrepreneurship”, la educación china no es de calidad. No obstante, desde la perspectiva de aquellos que sostienen anticuadas concepciones de la educación, como en la que están incursionando los Estados Unidos al favorecer los exámenes estandarizados como evidencia de aprendizaje, la educación china es la mejor. Yong Zhao está convencido de que este país norteamericano pagarán las consecuencias, como las está pagando China con una economía que pierde vitalidad. Su definición de excelencia, basada en la supuesta superioridad del paradigma del empresario (*entrepreneur oriented*) sobre el paradigma del empleado (*employee oriented*) (p. 184) es la que le lleva a estas conclusiones, desde luego muy cuestionables.